

## LOS SEPULCROS DE LA ROMA PAGANA

Y LOS CEMENTERIOS CRISTIANOS.

---

*Sub Roma Romam quaerito.*

### I.

Ántes de bajar á los subterráneos, donde gime la Roma de los mártires, dirijamos la última mirada hácia las alturas, donde brilla la Roma de los emperadores.

¿Qué monumentos son aquéllos erigidos en la doble orilla de las vias romanas, señaladamente de la que es reina de todas, de la via Appia? Son los sepulcros de los ricos; ciudad esplendorosa de la muerte: los que pasaron la vida en una orgía continua tienen la vanidad póstuma de asomarse en bustos de mármol á los lugares más concurridos, y de contar á los transeuntes sus propias alabanzas. El lujo de los monumentos sepulcrales corresponde con exactitud al culto tributado á la materia: en el hombre vivo, el cuerpo era el hombre: en el hombre muerto, las cenizas eran todavía el hombre: honrar las cenizas de los muertos, era traer á los que vivieron á la comunicacion con los que viven. ¡Qué hermosa es la doctrina que permite á los que viven llevar su pensamiento y su plegaria á la region invisible, pero cierta, de los que murieron! El mausoleo de Augusto, el de Adriano, los sepulcros de Cecilia

Metella, de los Scipiones, de Cestio, y tantos otros como figuraron entre las más imponentes maravillas de la Roma antigua, sirvieron sólo para contener puñados de ceniza, que el viento ha esparcido, y para transmitir entre los escombros de sus muros y de sus mármoles alguna fúnebre inscripción, más rica de retórica que de sentimiento.

Para los epitafios paganos no hay más fuente de inspiración que el recuerdo, eterno y oscuro ayer, que las bellas artes apenas tienen fuerza para reproducir y hermohear; el estudio de la epigrafía y de la escultura, en los sepulcros romanos, ofrece campo inmenso á las más serias consideraciones filosóficas y religiosas. El pobre dogma griego del Tártaro y de los campos Eliseos, la barca de Charon y las orillas melancólicas de la laguna Stygia, excitan la musa y dirigen el pincel de los artistas romanos, para ofrecer en epigramas y en bajo-relieves los tristes símbolos de la destrucción sin esperanza y de la muerte sin resurrección: uno representa el misterio del ser y del no ser, mediante la figura del sol, que aparece espléndido y que se pone triste y sin rayos: otro esculpe una nave con las velas recogidas, señal segura de que ha terminado su viaje: aquí se ve una antorcha apagada; allí una mariposa que se consume en el fuego; más allá una rosa marchita; para la gloria puramente humana hay coronas, águilas, emblemas todos que miran á lo pasado. Si queremos emblemas gloriosos de lo porvenir; si deseamos hallar la idea de la inmortalidad, idea fecunda en sublimes y poéticas manifestaciones, visitemos otra clase de sepulcros, vayamos á otra necrópolis, donde artistas inspirados en más altas esferas de verdad y de belleza, nos mostrarán aquel sol antes dormido y eclipsado, ahora luciendo con luz inextinguible, bogando por mares de eternidad la nave de las velas replegadas, encendida la antorcha, perpetuamente viva la mariposa, la *angelica farfalla*, como llama Dante al alma lozana y rica de aromas, la rosa mística de la pureza y de la santidad.

Busquemos, pues, á Roma debajo de Roma. *Sub Roma Romanam querito.*

## II.

Dice San Jerónimo, en su comentario al capítulo XL de Ezequiel: «Hallándome yo en Roma, durante los primeros años de mi juventud, aplicado á los estudios liberales, contraí la costumbre, con algunos de mis compañeros y discípulos, de ir cada domingo á visitar las sepulturas de los apóstoles y de los mártires, y penetrar por las cavidades de las criptas abiertas en lo profundo de la tierra, las cuales de uno y otro lado contienen en sus paredes innumerables cuerpos muertos, reinando en todo su recinto tan pavorosa oscuridad, que casi se realiza aquella frase del profeta: *Descendant in infernum viventes*: bajan vivos á lo profundo.» De vez en cuando un rayo de luz, que penetra, no ya por ventana, sino por remota abertura, templá un poco el horror de las tinieblas; pero, si arrastrando con trabajo los piés y palpando la negra densidad, se llega un poco más hácia el fondo, luego al punto ocurre aquel verso de Virgilio:

*Horror ubique animos, simul ipsa silentia terrent.*

Mil y quinientos años han pasado desde que el doctor máximo describía las Catacumbas. La generación actual puede recorrer aquellas mismas calles tortuosas y oscuras, como los caminos de la muerte, mirar aquellas dobles y triples filas de sepulcros, interrumpir con la voz de su plegaria el silencio solemne de los siglos, y cuando salga á la luz del día exclamar: «Verdaderamente he visitado el solar de mi familia; verdaderamente he visto las raíces del árbol, á cuya sombra tan sólo es grande y culta y feliz la humanidad.» Pasear por las desiertas y calcinadas calles de Pompeya es reconocer el fondo de una tumba vacía; ya no hay vida romana con que llenar el foro solitario y los templos mudos y el circo en ruinas. Pasear los estrechos senderos de las Catacumbas, detenerse ante sus

humildes capillas y monumentos, es asir con mano segura el hilo invisible, que une los tiempos presentes de duda y de egoísmo y de soberbia, á los tiempos gloriosos de fe y de abnegacion y de martirio. Los que no tuvieren idea alguna de las Catacumbas, pueden representarse vagamente laberintos subterráneos casi indescriptibles, en los cuales cien caminos, derechos, oblicuos, cortados, sinuosos, serpentean, se cruzan y se entrelazan hasta el infinito, los unos impenetrables ya, porque nuevos montones de tierra y muros improvisados los interrumpen y los cierran, los otros porque se abren á derecha y á izquierda en zanjas y abismos, á cuyo borde el pié temeroso no llega jamas, y todo lleno de sepulturas, y del polvo de los siglos, y todo repitiendo el eco de historias trágicas y de triunfos más épicos que los de la *Iliada* y la *Eneida*. Bien dicen la lúgubre soledad y la múltiple forma de los subterráneos que aquél es el palacio de la muerte, la diosa de las sorpresas y de los secretos terribles, la invisible viajera de las sendas tortuosas: los dos ó tres ó cuatro órdenes de sepulturas, abiertas en uno y otro lado de los corredores, semejan el aparato simétrico de una biblioteca colosal, donde la muerte se complace en ir colocando sus obras. Una visita á las Catacumbas, sea cualquiera la disposicion de espíritu en que se verifique, deja en el peregrino un recuerdo permanente. El alma herida por el desengaño y la tristeza, en el fondo de las Catacumbas, esto es, un cementerio en los ámbitos de otro cementerio, percibe luego el rayo de luz de la inmortalidad, y se siente renacer á un órden de ideas más elevado que el que inspiran el anfiteatro Flavio y las termas de Caracalla. El filósofo, el erudito, el hombre de estudio y de arte tienen allí delante de los ojos la viva aparicion de las primeras edades del cristianismo: la teología va leyendo, como en un catecismo auténtico, la historia de los dogmas; la poesía halla escrito el himno permanente de la oracion. La cronología baja en busca de fechas precisas y de datos irrefragables: la historia no posee manantial más limpio y abundante; la crítica y la ciencia lapidaria reconocen en las Catacumbas su escuela y su archivo: las artes ostentan allí su más preciado tesoro. La clara fuente del antiguo bau-

tisterio, preservado de todo uso profano, mana todavía apacible y pura como la gracia de que es emblema: la larga fila de luces de los viajeros, que uno tras otro recorren las fúnebres galerías, figura aún las procesiones silenciosas de los antiguos cristianos, cuando llevaban el cuerpo de un mártir junto á la morada de otro, ó cuando celebraban con cáliz de cristal y sobre altar de tosca piedra los misterios de su culto: los quince siglos de silencio que gravitan bajo aquellas bóvedas permiten aún oír los pasos de las generaciones heroicas: el tiempo, por una especie de condensacion misteriosa, se repliega sobre sí mismo y lleva al espíritu, como á un sereno ayer, á los días de las Ines y las Fabiolas y las Cecilias. Durante quince siglos ningun ruido del mundo resonó en aquellos subterráneos, ningun eco turbó su paz, ni un átomo de polvo nuevo ha recubierto sus caminos, ninguna revolucion política ha venido á dejar allí la huella de las ambiciones humanas ó el hedor de las envidias y los odios, ninguno de los grandes cataclismos ó de los grandes crímenes, que en el almanaque político sirven para determinar las épocas de los pueblos y la sucesion de sus dinastías, ha pasado por las Catacumbas: el tiempo aparece allí como un inmenso desierto, las épocas más remotas se acercan y se confunden como se acortan y aún extinguen las distancias, por la falta de objetos intermedios, en la vasta superficie del Océano.

El primer rayo de luz, que en el siglo xvi entra en las Catacumbas, renueva de repente el resplandor de los tres siglos de las persecuciones. La electricidad física de los alambres pone en comunicacion los pueblos y los hemisferios. La electricidad moral de la fe, aproximando los siglos más remotos, enlaza y llena con sus noticias desde los llanos y las cumbres del tiempo hasta el mar sin límites de la eternidad.

De la bella sociedad de la Roma del Foro y del Coliseo nada ha quedado; volvamos la vista á Pompeya; nada más triste que el aspecto de esta ciudad muerta, saliendo perezosamente de su sepulcro, no para resucitar y repoblarse, sino para adquirir un falso tinte de vida, para que las brisas del mar y los perfumes de la primavera y las emanaciones purísimas de la

patria del Tasso se pierdan, sin objetos que acariciar, en aquellas estrechas calles, que alumbraba un sol inútil. Las tinieblas de las Catacumbas producen en el alma el efecto contrario al del sol de Pompeya. Pompeya no nos recuerda más que la vida material de sus habitantes, sus agitaciones, su lujo, sus placeres, todo lo que pasa. En las Catacumbas, con ser oscuras y con ser cementerios, el pensamiento de la muerte es lo accesorio; el sentimiento dominante es el de la inmortalidad; el sentimiento de lo que no muere ni pasa. Pompeya enseña la rapidez del tiempo; las Catacumbas enseñan la inmovilidad de los siglos. Las familias del Quirinal y del Aventino, los aristócratas de Herculano y de Bayas, los guerreros, los poderosos, los sabios de la Roma imperial, pasaron como sombra: la familia humilde de las Catacumbas vive y se extiende por las cinco partes del universo; sus capillas, sus bautisterios, sus ritos, sus oraciones, sus símbolos, todo ha durado, todo se armoniza para declarar el nunca interrumpido espíritu de la Iglesia. A Pompeya no es aplicable nada de lo que constituye la vida actual: á las Catacumbas es aplicable todo lo que se refiere á la doctrina y al culto verdaderos. En Pompeya, que recibe de plano los rayos del sol, reina la obscuridad de la muerte: en las Catacumbas, donde los rayos del sol apenas penetran, reina la luz de la inmortalidad.

El genio de la discordia y de la rebelion, que en el siglo XVI turbó la paz de Europa y del mundo, rompiendo la unidad por sacudir el yugo de la obediencia, quiso destruir el culto y las reliquias de los santos, y rehacer la historia, desfigurándola ó falsificándola sin piedad. ¡Inútil empeño! Las Catacumbas, desconocidas ú olvidadas durante los siglos medios, aparecieron con su ejército de mártires y de santos: la negacion no pudo resistirse á la evidencia: las tumbas y los cementerios descubiertos por el insigne Bosio ofrecian los más perfectos é indisputables caracteres de autenticidad; las criptas, que San Jerónimo describió, se abrian de nuevo á los ojos de todo el mundo: en tanto el sabio Baronio terminaba, en su tranquila residencia de Frascati, no léjos de la famosa *Tusculum* de Ciceron, sus *Anales eclesiásticos*, solemne y valerosa respuesta á

los centuriadores de Magdebourg. El protestantismo, dividido y subdividido en sectas, fruto natural de la soberbia humana y de la soberanía del yo, no ha sabido oponer más que sofismas á la historia de la verdadera civilizacion, que empieza en San Pedro, y pasando vencedora por las Catacumbas y por los siglos medios y á traves de la Reforma, tiene asegurada su perpetuidad hasta más allá de las fronteras del tiempo. El mismo Ampère, libre-pensador y todo, hace esta solemne declaracion: «En Roma, cuando quiero encontrar los recuerdos de la libertad, no voy á buscarlos al Foro, de donde han desaparecido los monumentos de la República; entro en el Coliseo ó bajo á las Catacumbas.»

### III.

No nos proponemos estudiar las Catacumbas con el nivel del arquitecto ni con el martillo del geólogo: imperitos en aquella noble arte y en esta difícil ciencia, cometeriamos una intrusion imperdonable; preferimos visitarlas con el corazon sereno del creyente, y discurrir acerca de ellas con la verdad y sencillez, ya que no con la sabiduría, que resplandecen en las palabras ya traducidas de San Jerónimo: *Dum essem Romæ puer et liberalibus studiis erudirer..... etc.....*

Las Catacumbas forman una verdadera ciudad subterránea, vasta necrópolis, cuyos límites no es fácil determinar: una Roma debajo de otra Roma. En todas direcciones, en el fondo de todas las vias principales, que de Roma parten como rayos de un centro, hay galerías llenas de sepulturas, hay cementerios. Bajo los restos informes de los sepulcros un tiempo suntuosos, que bordaban la via Appia, se abren las Catacumbas de San Calixto, San Ceferino, San Pretextato, Santa Sotera y de Santos Eusebio y Marcela: á la via Latina corresponden las de Aproniano y otras: á la via Labicana, en las inmediaciones de Puerta Mayor, las Catacumbas de San Tiburcio y de Santa

Elena: en la via Tiburtina están las de San Lorenzo y Santa Ciriaca: fuera de Puerta Pia (via Nomentana) las de Santa Ines, las de San Alejandro y otras; las hay, en fin, en la via *Salaria* nueva y en la vieja, fuera de la puerta *Pinciana*, en la via *Flaminia*, en la Ostiense y en la Ardeatina; á la opuesta orilla del Tíber, en la via *Triunfal*, la Catacumba Vaticana; á la derecha, en la via *Aurelia*, las de San Calepodio y algunas más. Son, pues, cerca de sesenta los cementerios que forman al rededor de Roma como un campo atrincherado, en que bullia un ejército sin armas, que ha de conquistar la metrópoli del universo y el universo todo. Cada uno de aquellos cementerios, observa con oportunidad un escritor, correspondia á determinado monumento pagano; así el sepulcro de San Pedro estaba junto al circo de Neron; el cementerio de San Pancracio y Calepodio, enfrente al campo de Marte; las grutas Poncianas, mirando á los voluptuosos jardines de la orilla del Tíber; la cripta de San Pablo, á pocos pasos de la pirámide de Cestio; el sepulcro de Santa Priscila, cerca del templo de honor; á las grandes Catacumbas alcanzaba la mirada del palacio de los Césares y del Capitolio. ¡Magnífico contraste, añade, el que ofrecian los asediados y los asediados! Los unos delineaban sobre los muros de sus casernas ó sobre la tela de sus estandartes el nombre y el retrato de los triunfadores; los otros esbozaban sobre las paredes de sus galerías subterráneas plácidas figuras de justos que sufren y de vírgenes que oran; de un lado el águila de las legiones; de otro la paloma del Jordan; allí la loba, aquí el cordero; sobre las urnas paganas reproducia el cincel trofeos y despojos de naciones vencidas; los cristianos en sus pobres tumbas encerraban garfios y clavos teñidos en sangre; en sus evoluciones y revistas los paganos pasaban por debajo de arcos de triunfo; la milicia cristiana se deslizaba por escondidos agujeros para entrar en las Catacumbas: si los paganos hacian irrupciones sobre las criptas, era para destruirlas, para matar; cuando los cristianos avanzaban en direccion de las plazas, era para morir; pero cuanto más en número morian, más en número y con mayor entusiasmo corrían, soldados heróicos, á reforzar el asedio contra la roca de

la idolatría. Tres siglos duraba el cerco, cuando, al poderoso acento de Constantino, una parte de Roma pagana se hundió de improviso, y otra vaciló, hasta que, llegada la plenitud de los tiempos, rodó para siempre el ara de la Victoria, se desplomaron los alcázares de la ciudad de Quirino, y al desaparecer la inmensa nube de polvo, que sus escombros levantaron, dejóse ver sobre la superficie la Roma subterránea; de las Catacumbas habia ascendido gloriosa, y tomado posesion de las siete colinas.

El más importante de los cementerios, el cuartel general, siguiendo la alegoría ántes citada, del gran campamento cristiano, es el cementerio de Calixto, que existiendo ya, á la mitad del siglo II, en las entrañas de la via que ostentaba los mausoleos de los Colatnios, de los Servilios, de Cecilia Metella, de los Marcelos y de los Scipiones, fué ampliado por aquel santo Pontífice en el siglo III; y su nombre de *Catacumba*, por la proximidad á los sepulcros de San Pedro y San Pablo, que allí estuvieron algun tiempo, se transmitió, no ya con igual propiedad, á los demas cementerios; que ésta, más que otra alguna, es su verdadera denominacion cristiana: *cementerio* tanto vale como *dormitorio* (Κοιτώ, *dormir*).

«No me entierres en Egipto; quiero *dormir* con mis padres», decia el viejo moribundo Jacob á su hijo Joseph: «Vas á *dormir* con tus padres», dijo Dios á Moisés, anunciándole su muerte, y así constantemente en el Antiguo y en el Nuevo Testamento, en Job y en Isaías y en los Macabeos, como en los evangelios y en las epístolas, el dogma de la resurreccion y de la inmortalidad del alma brilla en el fondo de esa imagen del sueño, como una luz esplendorosa enmedio de las tinieblas del sepulcro. *Mors non est mors, sed dormitio temporalis*, dice San Juan Crisóstomo; y San Jerónimo, en una epístola á Teodosio: *In christianis mors non est mors sed dormitio et somnus appellatur*.

Para dormir, pues, el sueño de la muerte, los cristianos se procuraron lugares escondidos. Fieles á la tradicion judáica, en vez de quemar los cadáveres, depositábanlos en criptas y sepulcros, como Abraham á Sarah en el campo de Mamré,

como Jacob á Raquel en las inmediaciones de Ephrath. Aun entre los paganos no fué constante la costumbre del *rogus*, ó sea de la reduccion á cenizas; sábese de muchos, cuyos cadáveres fueron inhumados, y nadie ignora que en los tiempos de la República romana, hasta los dias de Mecénas, hubo en el Esquilino un campo destinado á enterramiento de la plebe.

Pero las cuevas y los subterráneos, que las familias cristianas buscaban ó abrian para depositar los restos de las personas amadas, habian de ser algo más que una mansion de muertos; habian de ser tambien lugar de refugio para los vivos y templo de oracion para todos.

El cristianismo nació pobre; y en su infancia sufrió persecuciones horribles: la historia de sus cementerios es la historia de las persecuciones.

Desde el martirio de los apóstoles San Pedro y San Pablo, bajo el imperio de Neron, la sociedad cristiana y el culto cristiano en Roma han de buscarse principalmente en las entrañas de la tierra: la vida y la muerte, enemigas irreconciliables en el inmenso teatro del mundo pagano, se abrazan y se identifican en el fondo de las Catacumbas: las almas libres y triunfantes de los mártires, que allí reposan, y las almas cautivas y atribuladas de los vivos, que allí oran y gimen, unidas por el lazo misterioso de la fe, de la esperanza y del amor, forman una armonía, que no pueden comprender los soberbios moradores de la Casa de Oro, ni los que pasean su vanidad por el pórtico de Octavia ó por los jardines de Salustio.

¿Aprovecharon los cristianos, para cementerio primero, y para lugar de refugio y de oratorio despues, los grandes subterráneos ó concavidades (*arenariae*) que en los alrededores de Roma producía la extraccion de piedra y tierra para los millares de edificios de toda clase que en la ciudad se levantaban? ¿Fueron las Catacumbas de los cristianos aquellas mismas cuevas (*arenarias*), fuera de la puerta Esquilina, donde fué asesinado cierto Asinio, de que da noticia Ciceron, ó aquellas otras, camino de *Nomentum*, donde Neron no quiso enterarse vivo en el dia de su misera catástrofe?

Ciertos anticuarios, de muy buena fe sin duda, han soste-

nido la afirmativa. Los protestantes y los racionalistas se han apoderado de una opinion que, retorcida y violentada, podia serles útil, y han formado esta especie de sorites, es decir, esta cadena de blasfemias históricas, científicas y artísticas:

«Los cristianos de los primeros siglos enterraron sus muertos en los subterráneos, tambien enterramiento de la plebe pagana; luego no todos los restos allí encontrados son de santos ni de mártires; luego los que se reputan emblemas del culto primitivo son simples monumentos gentilicos; luego los monumentos de las Catacumbas no pueden aducirse como testimonio eficaz en determinados períodos de la historia del cristianismo.»

Las ciencias y las artes, en providencial concierto, se han encargado de destruir esta pobre y maligna argumentacion.

Habia por el campo romano, en los tiempos de la república y del imperio, vastos subterráneos: las gigantescas construcciones de la ciudad exigian que millares y millares de esclavos se ocupasen constantemente en extraer piedra y tierra para los cimientos y los muros de palacios, de termas, de templos y de casas: la tierra arenosa volcánica (*puzzolana*) constituía, puede decirse, el mayor elemento de edificacion: el *tufo lithoide*, especie de granito ó pedernal, en sus varias clases, descritas por Vitrubio, de *lapis ruber*, *albanus*, *gabinius* y *tiburinus*, entraba tambien por mucho, especialmente en la época que precedió al uso y al abuso de los mármoles: hay en la campaña romana otra calidad de *tufo* ménos duro, poroso, granujiento, que se desmorona (especie de *pumex*), que no resiste al influjo del aire y del agua, llamado *tufo granular*, cuyo empleo sólo era aconsejado en cimientos, y alguna vez en bóvedas: de esta piedra, que Vitrubio decia *molles*, ha de creerse naturalmente que hicieron escasa aplicacion los romanos, toda vez que las vetas de *pouzzolana* eran inmensas, y sólo para suplir su falta hubieran podido emplear el *tufo granularis* molido.

Sentadas estas nociones, no se necesita gran perspicacia para comprender por qué los cementerios cristianos están casi todos abiertos en esta última clase de terreno, y cómo, precisamente por estar abiertos en esta clase de terreno, excluyen toda co-